

OLVIDOS

F r a g m e n t o s

3

José Carlos Rosales

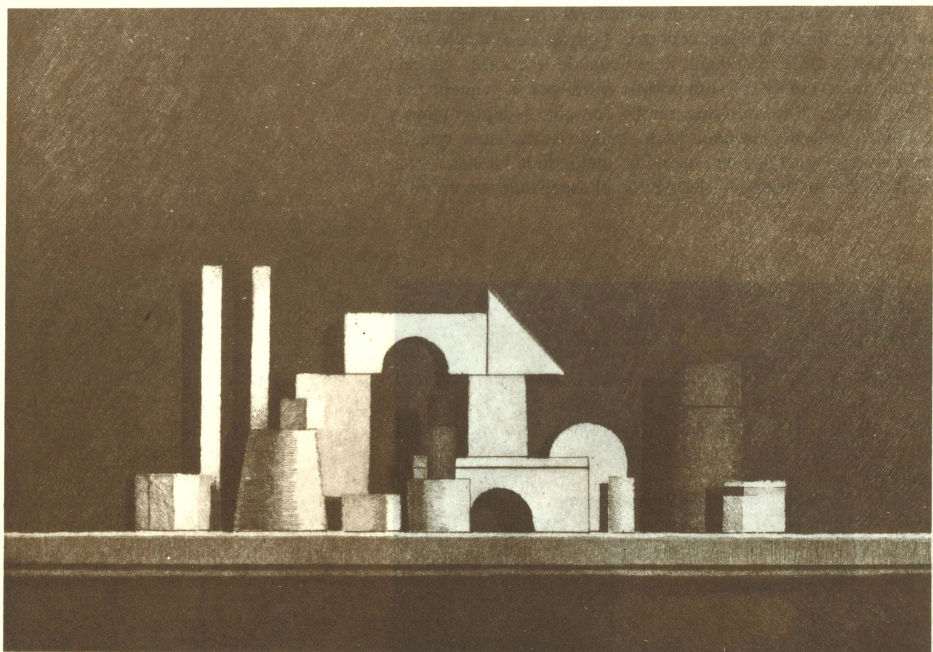
B L A N C A
D O B L E

Ilustraciones de
Antonio Conde,
Jesús Conde y
Manolo Gil

Eso de usar siempre dos despertadores era una vieja manía de orígenes limitadamente confusos. Quizás fue el miedo terrible a llegar tarde al colegio; llegar cuando la enorme cancila estaba ya cerrada y sólo era posible entrar por la pequeña portería, saludar al portero que miraba con aire de hipopótamo y encontrar enfrente ese patio vacío, helado de mutismo, que debía cruzarse igual que en una huida: matando la intensa sensación de que te observan, desoyendo el espejismo sonoro de la



Jesús Conde



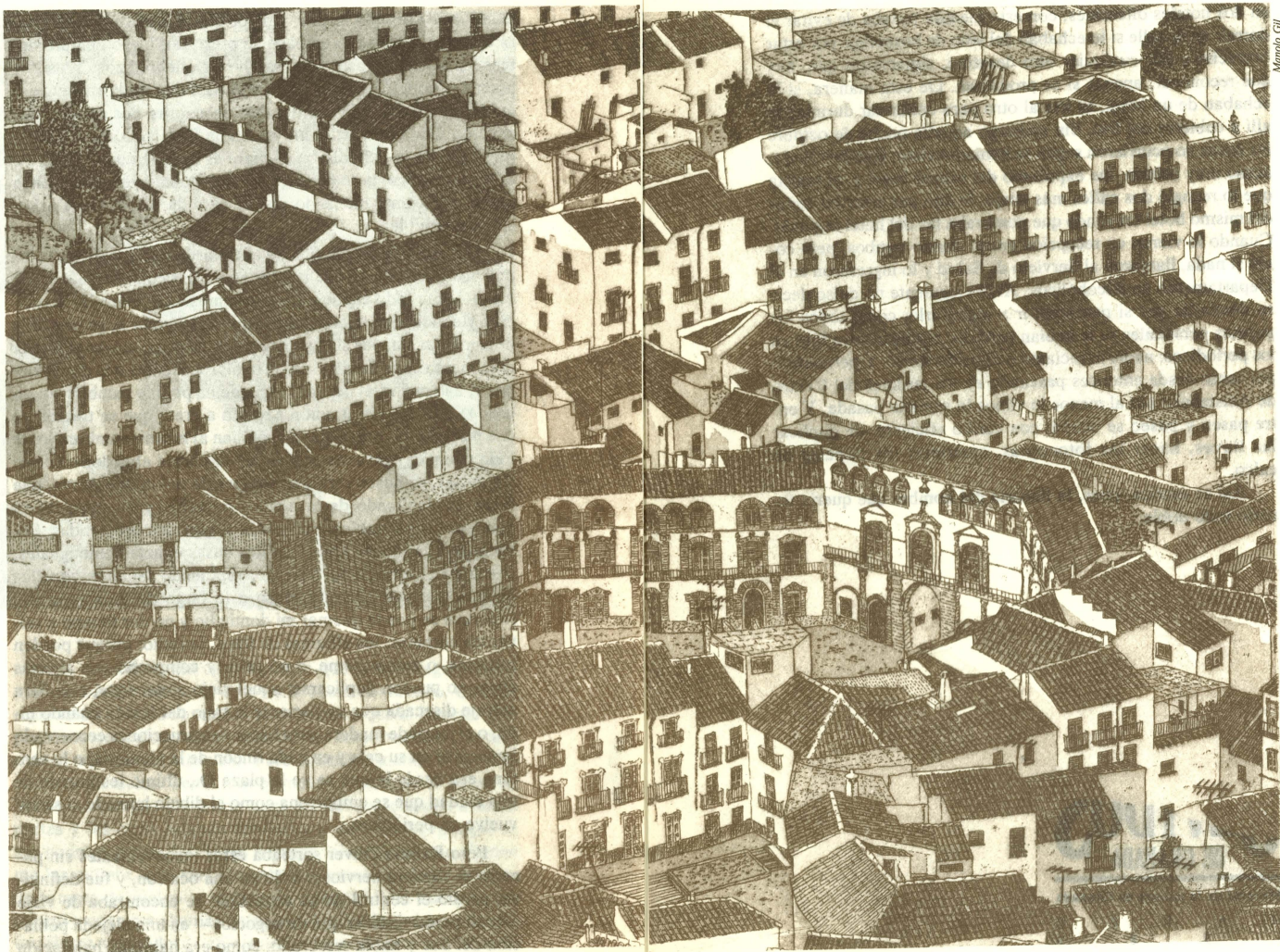
Antonio Conde

alarma, del silbato del cura vigilante que podía preguntar, sin preocuparle la respuesta, cuál era la causa del retraso. Cuando aquello del colegio se acabó, la costumbre quedó intacta: preparación meticulosa cada noche de dos despertadores con diez o doce minutos de intervalo. Pero también existían otras costumbres paralelas. Tenía, por ejemplo, dos juegos de llaves de la casa, así como del cofre; unas las llevaba consigo a todas partes y las otras estaban confiadas a un vecino («porque se me podrían perder las llaves bajando la escalera, que alguien me las quitara, que simplemente las dejara olvidadas encima de la mesa de cualquier terraza de verano»). Más adelante comenzó a comprar algunas cosas por duplicado; primero fueron los discos y los libros: un ejemplar para ser usado, el otro lo

guardaba de reserva en previsión de que el primero se extraviara o no fuera devuelto en caso de prestarlo; luego compró dobles los floreros, vasos y otros objetos quebradizos. Y así fue poco a poco teniendo un duplicado de todas las cosas que adquiría: dos cepillos de dientes, dos mecedoras, dos abrigos, dos neveras. Con estos artificios pretendía Ramón Oliver eludir la fragilidad de la vida diaria: siempre es posible que se pierda o se destruya algo, pero ese algo sería rápidamente reemplazado por su semejante haciendo que la pérdida no fuera en absoluto perceptible.

Sin embargo esta forma de afrontar lo efímero de los lazos que nos unen con lo que nos rodea pronto comenzó a compliarse, sobre todo cuando le dió por presentar todas las instancias y solicitudes oficiales por duplicado («por si se pierde la documentación, por si la autorización de turno al leer el primer documento considera absurdas o improcedentes mis pretensiones y, a lo mejor, al llegar al segundo ha podido cambiar su criterio») y la Administración empezó a creer que se trataba de dos personas distintas que respondían al mismo nombre. Sobre todo cuando, pensando que su novia podría abandonarlo casi sin avisar, se buscó otra que sirviera de novia de reserva, que fuera un duplicado de la novia originaria, y era algo difícil mantener confortables y cómodas a esas dos prometidas. Sobre todo cuando decidió tener dos casas exactamente iguales, con todo el mobiliario repetido, repitiendo también aquellos objetos que van acumulándose a lo largo de toda biografía («porque se puede quemar mi domicilio y no dar tiempo a salvar las carpetas, los álbumes de fotos, la radio; porque pueden robarme, o embargarme, o no sé»), y comprobó que algunas cosas no pueden duplicarse: aquel viejo almanaque, o la fiera salvaje disecada que un pariente le trajo del Sudán cuando niño, o el juego de madera para hacer construcciones conservado impecable en su caja y en cada rincón de la memoria, o la ventana esa desde la que se ve la plaza O., último testimonio de una ciudad que se emborrona como el dibujo húmedo si se envuelve en periódicos.

Pero Ramón Oliver sorteaba estos inconvenientes sin ponerse ni siquiera nervioso. Sólo en una ocasión, y fue definitivamente, perdió el control de su estrategia: se encontraba de viaje —todo parece indicar que de negocios— en una alejada población del Sur y había reservado, como era habitual, habitación



Manolo Gil

en dos hoteles diferentes; con esta medida trataba de evitar el dormir en la calle si lo echaban del sitio de hospedaje por estar borracho o por cualquier otro desatino, situaciones que, hay que reconocer, apenas si se producían. De esta manera, si lo echaban de un hotel, se iría al otro para continuar durmiendo allí a cubierto del frío. Sin embargo aquella noche de octubre las cosas no ocurrieron según se había previsto; Ramón Oliver, acaso muy bebido, fue expulsado del primer hotel y, al taxista que lo recogió dos calles más abajo, le dijo por error las señas del mismo hotel creyendo que nombraba las del hotel segundo. Cuando lo vieron en recepción entrar dando tumbos, pero como si nada, llamaron al Servicio de Salud y lo ingresaron en el Departamento de Alcohólicos. Al día siguiente no quiso decir su domicilio por si pensaban ir a registrarlo; como todos los papeles personales se le habían perdido, publicaron su foto en los periódicos: nadie lo reclamó o dijo conocerlo. Y permanece por tanto desde entonces paseando en los jardines del Centro de Asistencia: allí al menos lo vimos la semana pasada. Y entre paseo y paseo se ocupa, con cariño eficiente, de duplicar las llaves, hacer las fotocopias, custodiar los papeles de calco. .

Así se escribe, pues, la historia del hombre que quería tenerlo todo doble.

Mensual de la cultura en Granada

M	A	R	Z	O
1	9	8		6

Separata del n.º 12 de
OLVIDOS DE GRANADA

NOTA:

Este texto forma parte de la carpeta *Frágil*, editada por el *Taller de Grabados Sureste* durante el año 1985 y en la que se incluyen grabados de Antonio Conde, Jesús Conde, Miguel Ángel García, Manolo Gil y Francisco Santana.